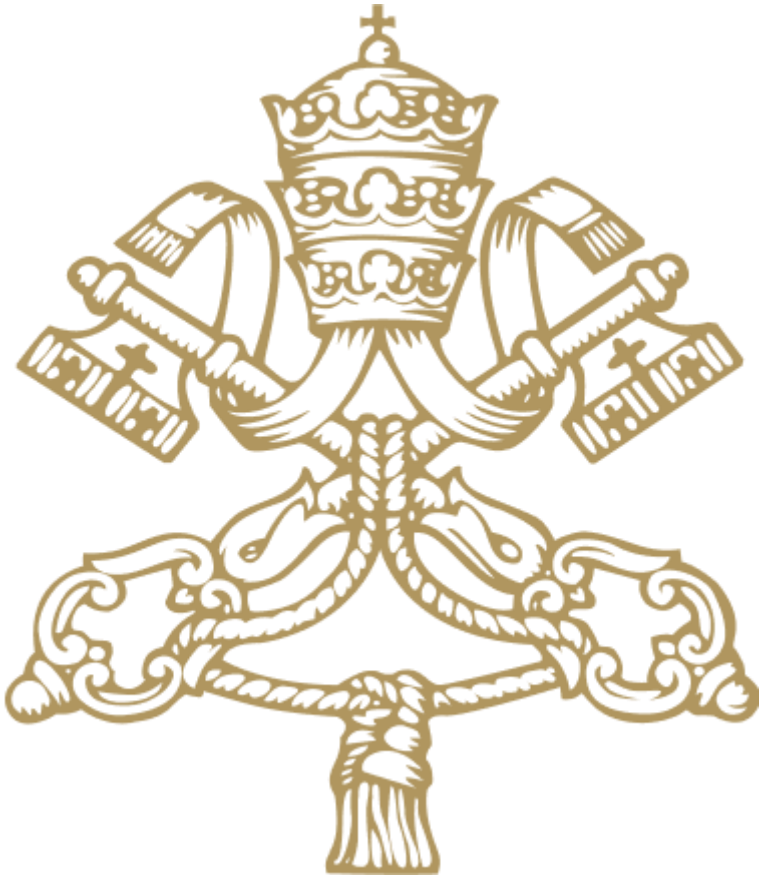
La **Santa Sede**

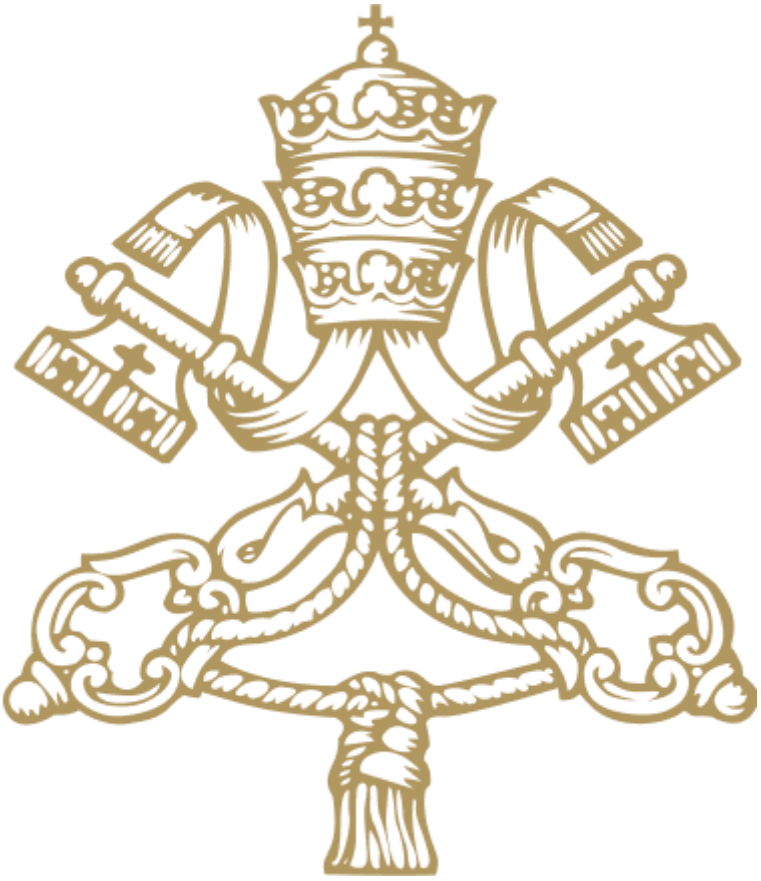


español

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

×

La **Santa Sede**



- Magisterium
- Calendario
- Celebraciones Litúrgicas
- Billetes Audiencias y Celebraciones papales
- Sumos Pontífices
- Colegio Cardenalicio
- Curia Romana y otras organizaciones
- Sínodo
- Oficina de Prensa
- Vatican News
- L'Osservatore Romano

León XIV Discursos 2026 Noviembre

- A
- A
- A

AR - DE - EN - ES - FR - IT - PL - PT

Palabras del Santo Padre desde el balcón de la Nunciatura Apostólica

11 DE noviembre de 2016

_____

Palabras improvisadas del Santo Padre al personal del Palacio de Gobierno con ocasión de la visita de cortesía a la Presidenta de la República del Perú

¡Muchas gracias! Buenas noches a todos.

Es una alegría –como quizás pueden imaginar– para un servidor, después de unos años poder volver al Perú y visitarlos a todos. Primero, porque me siento en casa. Segundo, porque como Papa es un honor venir a caminar con todos los hombres y todas las mujeres de buena voluntad: católicos, cristianos... con todos; porque juntos queremos buscar siempre el bien de todo el pueblo. Y estoy muy convencido de los grandes valores que hay en el pueblo peruano: el espíritu de comunidad, el espíritu de estar unidos. Además, creo que es muy importante que busquemos siempre la manera de trabajar juntos, de superar las diferencias, de usar el diálogo, la comprensión, quizás mucha paciencia. Que tengamos también la convicción de que es posible lograr mucho, si caminamos unidos. Tal y como ha pedido la señora Presidenta, con mucho gusto les ofrezco la bendición de Dios para ustedes, sus seres queridos, sus familias, y por todo el pueblo de Perú en esta noche, en estos días, y para el futuro.

El Señor esté con ustedes.

La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes hoy y siempre. Amén.

¡Muchas gracias! ¡Gracias a todos!

_____

Discurso del Santo Padre

Señora Presidenta de la República,
distinguidas Autoridades,
señoras y señores:

Me alegra profundamente volver al Perú. Agradezco, señora Presidenta, sus cordiales palabras de bienvenida. Expreso también mi gratitud por la amable invitación para venir a esta querida tierra y a cuantos han preparado el viaje, haciendo posible que pueda encontrarme con comunidades de distintas regiones del país.

Este regreso tiene para mí un significado muy especial. Mi historia con el Perú comenzó mucho antes de que el Señor me confiara la Diócesis de Chiclayo. Durante años compartí la vida de su gente, escuché sus preocupaciones y aprendí de su fe. Muchos me abrieron las puertas de sus casas, compartieron conmigo su mesa —y, por supuesto, algún buen ceviche— y me hicieron sentir uno de los suyos. En 2015 recibí la nacionalidad peruana. Aquel acto manifestó un vínculo que este pueblo había ido tejiendo en mi vida desde mucho antes. Hoy comprendo cuánto de esta tierra permanece conmigo y cuánto de mi propia historia les pertenece también a ustedes.

Regreso como Sucesor de Pedro, llamado a servir a la Iglesia universal. Desde esta responsabilidad, reconozco en aquellos años una parte del camino por el que el Señor me fue formando como pastor. Si me fuera concedido recorrer esos años nuevamente, volvería a hacerlo con alegría, acogiendo tanto sus momentos felices como sus dificultades. Por eso puedo decirles, con profunda gratitud, que regreso también a mi patria.

El Perú tiene una historia milenaria, formada por pueblos de diversas lenguas y tradiciones. Parte de esa historia sigue contándose en quechua, aimara y en las lenguas

de la Amazonía. A ella se han unido, con el paso de los siglos, otras herencias, entre ellas la afroperuana y la asiático-peruana, que también han contribuido a formar la identidad del país. Hace casi quinientos años, el anuncio del Evangelio abrió un capítulo decisivo de esa historia. Como recordó Benedicto XVI, «del encuentro de esa fe con las etnias originarias ha nacido la rica cultura cristiana de este continente» (*Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 13 mayo 2007). La fe arraigó profundamente en estas tierras y encontró expresión en sus tradiciones y en innumerables obras de caridad. Basta recordar que la primera flor de santidad latinoamericana llevó el nombre de *Rosa*, y que esa Rosa era peruana.

Las regiones del Perú conservan tradiciones propias y cada una aporta algo distinto a la vida nacional. La unidad de un pueblo se fortalece cuando esas diferencias encuentran su lugar y cada persona contribuye desde su propia historia y sus convicciones. El Perú conserva expresiones cotidianas de solidaridad: las faenas comunales en las que los vecinos unen sus esfuerzos para realizar una obra que beneficia a todos, la ayuda que se prestan las familias ante las dificultades y la hospitalidad que tantas veces he constatado. En esos gestos se descubre una manera de amar a la propia patria que se manifiesta, ante todo, en el cuidado de quienes la habitan.

Amar a un pueblo es desear que todos puedan vivir dignamente en él, interesarse por él y estar dispuesto a ofrecer algo de uno mismo por su bien. Es un sentimiento que he llegado a comprender mejor gracias a ustedes y que hoy deseo compartir con quienes ejercen responsabilidades públicas.

Señora Presidenta, distinguidas Autoridades: esa solicitud por el bien de los demás se concretiza de modo admirable en el servicio público. El Papa Francisco, que visitó esta querida tierra en 2018, recordó que la política «es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 205). La vida democrática reúne a personas de convicciones y aspiraciones diversas, unidas por un mismo destino nacional. Las instituciones ofrecen cauces para que esas diferencias encuentren expresión y puedan recorrerse caminos de entendimiento. Las decisiones públicas alcanzan también a quienes viven lejos de los lugares donde se toman. Pero esto nunca debería convertirse en olvido.

Para conocer las necesidades de quienes están lejos, es preciso comenzar por escucharlos. Recuerdo conversaciones aparentemente sencillas en las que afloraban las dificultades de una familia o las esperanzas de una comunidad entera. En un país donde se hablan tantas lenguas, escuchar exige también procurar que todos puedan hacerse entender. Quienes acuden a las instituciones esperan ser escuchados, comprender las decisiones que los afectan y encontrar a alguien a quien puedan dirigirse con confianza. Detrás de expedientes, de trámites ordinarios o del abstracto número del censo nacional, hay rostros concretos que aguardan respuestas de las que depende buena parte de su tranquilidad.

Escuchar requiere una especial paciencia cuando se afrontan desacuerdos o experiencias dolorosas. También el Perú ha atravesado momentos difíciles que han puesto a prueba la convivencia entre sus habitantes. Los sucesos del pasado merecen ser tratados con justicia y sensibilidad, dejando espacio para que crezca la concordia y las diferencias puedan afrontarse con respeto. La vida democrática implica reconocer que nadie posee todas las respuestas y que las diferencias no impiden compartir una preocupación sincera por el bien del país. Quisiera alentar a todos a cultivar la honestidad, la rectitud y la disposición al encuentro, cualidades que sostienen la confianza entre las personas y dan solidez a la vida de las instituciones.

Para las familias, la paz tiene un significado muy concreto: salir a trabajar sin temor, cuidar de los hijos y regresar a casa con serenidad. Son aspiraciones sencillas, pero nadie

debería verse privado de ellas. La Iglesia conoce el sufrimiento que provoca la violencia y desea permanecer cercana a quienes la padecen, alentando los esfuerzos de cuantos trabajan para proteger la vida, la dignidad y los derechos de las personas mediante el derecho y la justicia.

Sostener dignamente a la propia familia forma parte también de esa paz cotidiana. Pienso en quienes cultivan la tierra, en los pescadores que salen al mar, en los pequeños comerciantes y en quienes sostienen la actividad de las ciudades. Cada uno de esos trabajos contribuye a la vida de la nación y merece ser reconocido en su dignidad. San Pablo VI enseñó que el desarrollo auténtico ha de promover «a todos los hombres y a todo el hombre» (Carta enc. *Populorum progressio*, 14). Ese desarrollo comprende el bienestar material y las aspiraciones culturales, morales y espirituales de cada persona. Hay bienes que ninguna prosperidad económica puede reemplazar: la paz de la conciencia, la certeza de ser amado y la libertad de buscar la verdad y orientar conforme a ella la propia vida.

El deseo de buscar la verdad comienza a manifestarse muy pronto, en las preguntas con que un niño descubre el mundo. Una escuela capaz de acoger esa búsqueda puede abrirle horizontes que antes parecían lejanos y ayudarlo a reconocer sus propias capacidades. Pienso con gratitud en los maestros de las distintas regiones del Perú, que acompañan ese descubrimiento y transmiten a sus alumnos los valores de su tierra, para que aprendan a conocerla y amarla. Pero los horizontes que se abren en las aulas necesitan encontrar después oportunidades reales. Dirijo una palabra de afecto a los jóvenes, especialmente a quienes buscan su primer trabajo o se preparan para nuevas responsabilidades. Trabajemos para que puedan desarrollar sus talentos y ponerlos generosamente al servicio de los demás, especialmente de los más necesitados.

Cuando una persona se enferma o necesita cuidados continuos, también cambia la vida de quienes la rodean. Quien ha acompañado a un ser querido sabe cuánto significan una atención médica oportuna, una presencia amiga y una palabra de consuelo. Pienso en los ancianos, en las personas con discapacidad y en quienes sufren la soledad o dificultades relacionadas con la salud mental. Muchas familias sostienen silenciosamente esta tarea, a menudo con grandes sacrificios. Animo a las autoridades a respaldar esa entrega, facilitándoles servicios de salud accesibles y fortaleciendo la medicina preventiva. Quienes dedican sus fuerzas a cuidar de otros necesitan también encontrar quién cuide de ellos.

Pienso también en tantas mujeres peruanas que han sostenido comedores populares y ollas comunes, y en aquellas que, desde sus profesiones y responsabilidades públicas, contribuyen al bien del país. Que todas ellas puedan desarrollar libremente sus capacidades, participar plenamente en sus comunidades y vivir libres de violencia y de cualquier forma de explotación.

En el Perú, los ríos de la Amazonía, las alturas andinas y el extenso litoral dan forma a la vida de numerosas comunidades y al trabajo de sus habitantes. El aprovechamiento de sus recursos, mediante la agricultura, la pesca o la minería, exige cuidar la naturaleza y respetar a las comunidades que dependen de ella (cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 183). Conocer cada territorio permite anticipar los riesgos de los fenómenos naturales y proteger mejor a la población. La solidaridad que los peruanos manifiestan ante las emergencias merece encontrar instituciones igualmente comprometidas, capaces de prevenir y de actuar a tiempo cuando una vida corre peligro.

La ciencia y la tecnología ayudan a anticipar muchos de esos riesgos. Sus avances permiten también mejorar la atención sanitaria y acercar oportunidades educativas a comunidades alejadas. La inteligencia artificial amplía estas posibilidades y transforma nuestra manera de trabajar y relacionarnos. Como recordé en *Magnifica humanitas*, estas

nuevas capacidades reclaman discernimiento y una orientación responsable hacia el bien común (cf. n. 5). Que sus beneficios lleguen a todos y que su desarrollo permanezca al servicio de la dignidad humana. Es necesario también que existan garantías jurídicas adecuadas para prevenir posibles abusos y proteger a las personas frente a sus consecuencias.

La protección del medio ambiente y el uso responsable de las nuevas tecnologías requieren también la colaboración entre países. Por su condición andina y amazónica y su apertura al Pacífico, el Perú mantiene vínculos con las naciones vecinas y con pueblos de otros continentes. Numerosas cuestiones que afectan a la vida de sus habitantes, desde la protección del ambiente hasta los movimientos migratorios, encuentran mejores respuestas mediante el diálogo y la cooperación.

Por otro lado, pienso en tantos peruanos que viven fuera del país y que, mientras construyen su vida en otras tierras, conservan el afecto por sus familias y contribuyen a sus comunidades de origen. En ciudades muy lejanas, la imagen del Señor de los Milagros sigue reuniendo a peruanos que encuentran en aquella devoción una manera de conservar los vínculos con su tierra. ¡Yo mismo he visto a Roma vestirse de morado! La distancia no disminuye necesariamente el amor a la patria; a veces permite reconocer con mayor claridad cuánto hemos recibido de ella. Quienes llegan al Perú traen también historias y esperanzas que merecen acogida y respeto. En sus historias se advierte que las relaciones entre los países tienen consecuencias muy concretas para la vida de las familias.

Las guerras y tensiones que afligen a tantos pueblos reclaman una diplomacia paciente, que mantenga abierto el diálogo, respete el derecho internacional y busque acuerdos que protejan la vida y la dignidad de las personas. Cada nación posee aspiraciones legítimas, pero ninguna puede considerar ajena la suerte de las demás. Aliento al Perú a seguir contribuyendo a la cooperación regional e internacional y a favorecer el entendimiento incluso cuando las posiciones parezcan irreconciliables. Que nunca se renuncie a buscar caminos para aliviar el sufrimiento de los pueblos y avanzar hacia la paz.

En ese espíritu de cooperación se inscriben las relaciones entre el Perú y la Santa Sede. La Constitución peruana reconoce a la Iglesia católica como un elemento importante en la formación histórica, cultural y moral de la nación y contempla la colaboración del Estado con ella, en un régimen de independencia y autonomía, respetando asimismo a las demás confesiones (cf. art. 50). La Iglesia, consciente de ese reconocimiento, desea continuar ofreciendo al pueblo peruano aquello que ha recibido como misión: anunciar el Evangelio, acompañar a quienes sufren y servir a la dignidad de toda persona. Ese compromiso se hace visible en sus comunidades, en sus obras educativas y asistenciales, y en tantos fieles laicos que, movidos por su fe, participan en la vida del país desde sus profesiones y responsabilidades cívicas. Que esta relación continúe desarrollándose con respeto recíproco, procurando siempre el bien de todos los peruanos.

Señoras y señores: hay muchos modos de servir al Perú. Agradezco a quienes lo hacen desde sus instituciones y a cuantos, con el trabajo de cada día, contribuyen al bien de sus comunidades. Yo he recibido mucho de ustedes. Hay rostros, conversaciones y gestos de cariño que, después de tantos años, siguen acompañándome. Desde la Sede de Pedro, deseo corresponder a tanto afecto con mi oración y mi cercanía. Quisiera proponerles también la Doctrina Social de la Iglesia, como una ayuda para iluminar y orientar los esfuerzos de cuantos trabajan por el bien de esta nación.

En el pozo de santa Rosa de Lima, generaciones de peruanos han depositado sus peticiones y sus esperanzas. Hoy, desde aquí, quisiera dejar caer también mi plegaria en ese bendito pozo. Por intercesión de la Santísima Virgen María, de santa Rosa y de todos

los santos y beatos de esta tierra, pido al Señor que el amor de Cristo los ayude a reconocer, en cada peruano, a un hermano, a una hermana y, en cada uno, un motivo más para amar a su patria. Que Dios bendiga al Perú y a todos sus habitantes. Muchas gracias.

Palabras del Santo Padre desde el balcón de la Nunciatura Apostólica

¡Muy buenas noches Lima! ¡Buenas noches Perú!

Pues no tengo palabras para agradecer esta acogida tan calurosa, por haber vuelto hoy a mi casa. Y qué hermoso es encontrar a todos ustedes aquí con tanto entusiasmo, con tanta alegría y también con tanta oración.

Agradezco muchísimo las oraciones de todos ustedes, especialmente en este período. ¡Gracias!

Aquí delante de la Nunciatura hay esta hermosa paloma, signo de la paz. Y queremos ser todos promotores y constructores de paz. Así es. Entonces, pido sus oraciones muy sinceramente por la paz en el mundo, por la paz en todos los países, que sepamos ser constructores de unidad, promotores de reconciliación y que creamos profundamente en la paz.

Ahora, me han pedido que diga todavía una palabra más. Es que algunos tienen sus ventanas por este lado y quieren dormir y quieren un poco de paz.

Entonces, por un tiempo todavía puede seguir la fiesta, pero no toda la noche, porque si no, mañana no va a haber paz.

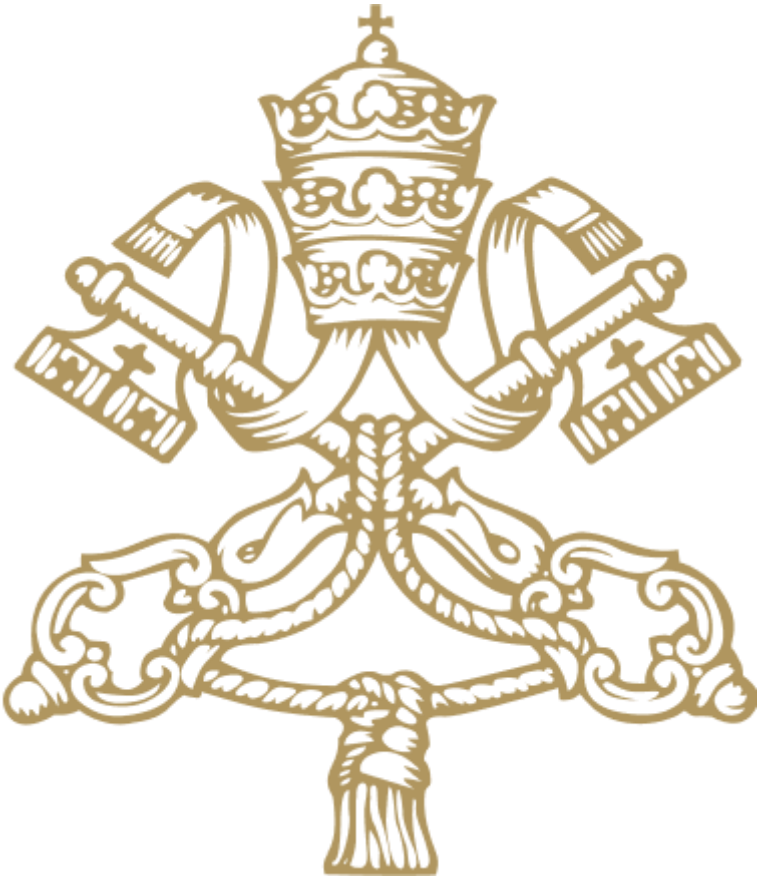
Pues, vamos a dar la bendición para ustedes, para todos sus seres queridos. Una oración especial para sus familias. Muy importante pensar en las familias y buscar también cómo ser promotores de unidad en nuestras familias.

Entonces, vamos a rezar juntos como Jesús nos enseñó.

Padre nuestro...
El Señor esté con ustedes...
Bendito sea el nombre del Señor...
Nuestro auxilio es en el nombre del Señor...
Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

¡Muchas gracias! ¡Buenas noches! Y hasta mañana.

Copyright © Dicasterio para la Comunicación - Libreria Editrice Vaticana



*La **Santa Sede***